

bien al sistema del alma del mundo de los Académicos. La Virgen, como ya lo hemos dicho, encierra un emblema astronómico. La persecución, el martirio y la resurrección de Cristo, no son más que el dogma alegórico persa, concierne al principio del bien y al del mal, según cuya alegoría, el segundo destruye por de pronto al primero, pero vuelve a renacer, y triunfa a su vez del principio del mal. La doctrina de la renovación de las cosas, y de la resurrección de los cuerpos después del incendio general del universo, procede de la secta de Zenón, ó sea de los fatalistas. Fácil sería, dicen los filósofos, ir desmenuzando de esa manera todos vuestros Evangelios, y enseñaros las piezas de que se componía su edificio: basta, empero lo dicho para haceros ver de donde han sido tomados vuestros dogmas fundamentales. Ahora vamos a dirigir nuestra atención hacia la disciplina de vuestra Iglesia (1).

CAPITULO XLVII.

OBJECIONES CONTRA LA DISCIPLINA.

Decís que el mismo Dios es el que ha establecido vuestra Iglesia y que en ella respira por todas partes su origen divino. Verdaderamente es preciso que suponáis que los hombres son muy estúpidos, muy ignorantes. Vuestras gerarquías de cardenales, arzobispos, obispos, sacerdotes, diáconos y subdiáconos son instituciones egipcias. En ellas existía un hierofante, del cual dimanaba una serie de sacerdotes que variaban de nomenclatura y de facultades en razón de la mayor ó menor distancia de su jefe supremo. El Oriente y el Occidente os dieron el modelo de vuestras ceremonias y vestiduras. Vosotros imitásteis los coros de niños, la marcha en dos filas, las oscilaciones del incensario, la genuflexión y el canto en ciertas señales convenidas; imitásteis todo esto vuelto á decir de las pompas áticas y romanas. Aun conserváis en vuestras ceremonias fúnebres el canto que en iguales circunstancias se usaba en Atenas en tiempo de Pericles, y los individuos de muchas de vuestras sectas gastan todavía sandalias al modo de los griegos. El uso de la tapicería, la exposición de cuadros, las lámparas, los doseles y los vasos de oro y plata los habeis tomado del culto oriental. Pero, ¿qué es lo que decimos? Lleváis sobre vosotros mismos sin saberlo las señales del paganismo! La tonsura, la estola, la hostia y el sacramento que alguna vez brilla en vuestras manos, ¿son acaso nada más que los símbolos usados entre los sacerdotes persas para representar el disco, y los rayos del astro que era objeto de su culto? ¿Si los magos resucitaran ¿cómo no habian de creer al ver vuestras mitras, vuestras túnicas, vuestras sobrepellices y vuestras capas que no erais miembros de sus sectas, diseminados entre los pueblos bárbaros?

Los detalles de vuestras ceremonias presentan las mismas semejanzas. Sabido es que la comunión es una institución judaica. La época de vuestras festividades corresponde exactamente á las de los antiguos. Hasta en vuestras oraciones habeis conservado la forma latina. La misa de ramos, en la cual durante el siglo XI, el pueblo acostumbraba repetir por tres veces seguidas un rebusco después del *Ite missa est*, ocultaba una de las más obscenas alegorías de la antigüedad. El carnaval antes del día de ceniza no es más que un resto tradicional de las bacanales. Finalmente es cosa clara que vuestra disciplina se deriva de la de los sacerdotes del politeísmo. (a).

No os condenamos absolutamente por eso, siguen diciendo los filósofos; nada más queremos sino que

(1) En este capítulo he citado las opiniones de los autores mencionados y además las de VOLNEY en las ruinas de Palmira.

(a) SAINT-FOIX. *Ensayo sobre París*.

seáis de buena fe, y no os empeñéis en decir que en todas esas cosas se echa de ver su celestial origen (2). No dejamos de conocer que sin la solemnidad del culto nunca hubierais convertido los pueblos al cristianismo. En ese particular damos la preferencia á la secta romana. Es ridículo ser luterano, calvinista, cuáquero, etc., esto es admitir con pequeñas salvedades lo absurdo del dogma, y deshechar la religión de los sentidos, única que conviene al pueblo. No es más difícil creer en el todo que en una parte, y una vez admitida la Encarnación, poco más puede costar el admitir la presencia real.

Tales eran las objeciones de los filósofos modernos contra el cristianismo, objeciones de las cuales no he entresacado más que un escasísimo número. Siento extremadamente que mi asunto no me permita reproducir las victoriosas razones con que los Abadie, los Houteville, los Bergier y los Warburton han combatido á sus antagonistas, y remito el lector á las obras de esos sabios y piadosos escritores (b).

Yo que estoy muy poco versado en estas materias repetiré sencillamente á los incrédulos, no valiéndome más que de mi propia razón lo que ya les he dicho anteriormente. «Vosotros destruis la religión de la patria, sumergís el pueblo en la impiedad, y no proponéis ningún otro medio en que con toda seguridad pueda escudarse la moral. Cesad de proponernos esos sistemas de una cruel filosofía; no arrebatéis al desgraciado su última esperanza. ¿Qué importa que sea una ilusión, si con ella puede aliviarse en parte el peso de la vida, si con ella pasa más tranquilo las noches en su lecho solitario y humedecido de lágrimas, si ella es finalmente la que le hace cumplir sus buenos propósitos, y tributa el postrer servicio á la amistad, cerrándole los ojos, después que solo y abandonado en el lecho de miserias, ha exhalado el último suspiro? (c).

CAPITULO XLVIII.

DEL ESPÍRITU SACERDOTAL ENTRE LOS ANTIGUOS Y ENTRE LOS MODERNOS CONSIDERADO EN UN GOBIERNO POPULAR.

Hemos consagrado el fin de este primer libro á investigaciones acerca de los diversos cultos. Los sacerdotes están tan inmediatos á este asunto, y tan considerable ha sido su influencia en todos los siglos que no puedo prescindir de hablar brevemente acerca de ellos. Sé muy bien que esta sola materia exigiría un libro aparte; pero ya no tengo más que algunos pocos capítulos que consagrarle.

Bajo la denominación de sacerdotes comprendo los ministros dedicados al servicio del altar, que algunas veces tienen virtudes y algunas veces vicios; que viven de las preocupaciones del pueblo, como otras muchas profesiones; que no son ni más ni menos perversos que el resto de su siglo, ni más buenos, ni más malos que los demás hombres (d).

(2) Nunca ha supuesto la Iglesia que las vestiduras de los sacerdotes, ni los ornamentos de los altares etc. tuviese un origen celestial. Yo he discurrido más acertadamente en el Genio del Cristianismo, cuando para inspirar amor á la magestad de nuestro culto he demostrado que se refería á las más nobles vestiduras de la antigüedad, y á las más venerables tradiciones históricas. (N. ED.)

(b) Habiendo citado contra la religión unas tan miserables autoridades como Diderot, Tolando etc. no debe extrañarse que cite en favor de ella los Abadie, los Warburton, los Clarke etc. (N. ED.)

(c) He citado este párrafo en el prefacio del *Ensayo* y uniéndolo á otro en que declaro que referiré las opiniones de otros autores *sin admitirlas por mi parte*, destruye casi completamente el efecto de esos miserables y odiosos capítulos. (N. ED.)

(d) Algo duro es este párrafo, pero no puede tacharse de parcialidad. (N. ED.)

Los sacerdotes de la antigüedad nos presentan un espíritu algo diferente de los de nuestra época: lo cual depende de la situación política de las naciones. Estableceremos, pues, una distinción entre los sacerdotes que viven en un estado monárquico, y los que habitan en una república. Principiaremos por estos últimos.

Entre los griegos y romanos era considerable la influencia que el sacerdocio ejercía y como que el estado se hallaba administrado bajo una forma popular el interés de los ministros del culto propendía á la libertad. Las respuestas del oráculo de Delfos por lo general estaban dictadas con arreglo á un espíritu de independencia, sin embargo siempre tenían la astucia de dejar lugar para una evasiva, y en las bóvedas del templo se veían suspendidos los donativos de los tiranos lo mismo que las ofrendas de los patriotas. En cuanto á ese particular el clero moderno y el antiguo se parecen completamente.

Otra analogía. La casta religiosa de Atenas no era menos susceptible de entregarse á persecuciones que los ministros del cristianismo (a). Los sofistas no tenían más seguridades en Grecia que los enciclopedistas en Francia; mas como la ley en aquel país protegía al ciudadano, el magistrado absolvía al acusado de impiedad, no siendo que el cargo que contra él se hacia estuviese evidentemente patentizado. No se necesitaban en Francia tantas sutilezas para encerrar á un filósofo en la Bastilla (b). Pasemos á examinar las diferencias.

Desde luego se nos presenta á la vista una muy importante. Los sacerdotes de Grecia ejercían bastante influencia sobre las masas del pueblo; pero ninguna absolutamente sobre los particulares; nuestro clero por el contrario nos rodea y nos asedia. Apodérase de nosotros al salir del seno de nuestras madres, y no nos abandona hasta depositarnos en la huesa. Hay hombres que representan el papel de los vampiros, y que nos chupan el dinero, la sangre, y hasta el pensamiento (c).

Segunda diferencia: entre los antiguos, particularmente en Roma no era conocido por parte de los ministros del culto ese sistema de corporación que tanta fuerza comunica á los asuntos religiosos. Los representantes de los dioses, dispersos en el Estado, no se apoyaban mutuamente, y por lo tanto no podían ser dañosos como simples particulares á las libertades públicas. La constitución gerárquica de la Iglesia Romana, en la sociedad moderna, infundió un espíritu demasiado temible de corporación á todo el clero. Por lo demás los depositarios del culto en Grecia, graves, mesurados y virtuosos, sabian contenerse en los decorosos límites de su profesión (d). Nuestros abates de manto corto hacían ostentación en París del

(a) Los ministros de la filosofía han sido menos propensos á la persecución que los ministros del cristianismo. (N. ED.)

(b) Soy en este particular extremadamente injusto aun hablando en sentido histórico. En Atenas se condenaba á destierro y aun á la última pena por un simple escrito y á veces por un solo verso. No debe quitarse la vida, ni aun encarcelar á nadie por causa de la religión; pero el historiador tampoco debe desnaturalizar los hechos. No es oportuno presentar á los filósofos como perseguidos por el clero cuando en realidad este se veía á los pies de aquellos. No debiera yo haber ignorado esta circunstancia, pues cuando escribí ese párrafo tenía á la vista una multitud de venerables prelados y millares de sacerdotes desterrados de su patria y andando por las calles de Londres. (N. ED.)

(c) De todas esas innobles injurias he dado satisfacción en el Genio del Cristianismo.

(d) No es cierto: la templanza y comedimiento de los ministros de aquellas locuras divinizadas, Baco, Mercurio, Cibele, Priapo y Cupido consistía en prostituirse, correr como unos delirantes por el campo, ó representar el papel de saltimbanquis en las calles y plazas públicas. (N. ED.)

vicio, de la ridiculez y de la tontería (e); apenas podría concebirse como tales hombres se atrevían á dar semejante espectáculo de sí mismos al público, si no se tuviera conocimiento de la estupidez y perversidad que dominan en el mundo. Cuando contemplo algunos personajes de la sociedad los comparo con ciertos estafadores que suelen concurrir á los paseos públicos, vestidos á propósito de un modo extravagante. En tanto que la multitud embobada se reúne para contemplar la extremidad de la cinta encornada, azul ó negra que va flotando sobre el traje del supuesto arlequin, este va despojando con toda sutileza el bolsillo de los curiosos. Por lo regular el más cargado de condecoraciones es el que hace fortuna (f). Sin embargo después de examinada atentamente la cuestión debe decirse que los sacerdotes son necesarios á las costumbres, y excelentes en toda república, y que sin poder causar mal al Estado pueden por el contrario hacerle mucho bien.

CAPITULO XLIX.

DEL ESPÍRITU SACERDOTAL ENTRE LOS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS CONSIDERADO EN UN ESTADO MONÁRQUICO.

Más si el espíritu sacerdotal puede ser saludable en una república (g), puede también por el contrario llegar á ser terrible en un estado despótico, por la razón de que sirviendo de reaguardía al tirano, legitima la esclavitud haciéndola santa á los ojos del pueblo (h).

Los sacerdotes de la Persia y del Egipto fueron enteramente parecidos á los nuestros. Su espíritu se componía igualmente de fanatismo y de intolerancia (i). Los magos hicieron saquear y reducir á ce-

(e) Esto está escrito de un modo muy vulgar é injusto. Los vicios de algunos individuos no pueden ser considerados como carácter constitutivo de una corporación. (N. ED.)

(f) Muy mal estaba yo con la sociedad. No quería perdonarle cuando era yo joven el mal que me habia hecho. En la actualidad como que estamos ya casi á punto de separarnos no le profeso ningún rencor, y conozco que en mis anteriores observaciones no campeaba la mayor exactitud. He sido yo también á mi vez condecorado con multitud de cintas, mas ¿he logrado por eso encadenar la fortuna? (N. ED.)

(g) No sé por qué los sacerdotes han de ser más útiles en una república que en una monarquía. Mi opinión actual es enteramente contraria y creo que más exacta. Contemplo por otra parte la cuestión bajo el punto de vista que se merece? Política y filosóficamente hablando, hubiera sido preciso demostrar lo que eran los sacerdotes en Grecia y en Roma considerados en el orden social, qué parte tenían en los asuntos políticos; en qué participaban del poder, y cómo influían en el destino del Estado bien sea que salieran ó se limitaran al círculo de sus instituciones. No puede decirse que unos hombres que en ciertos casos podían aplazar ó disolver las asambleas del pueblo é impedir ó mandar dar una batalla fuesen personas que carecían de autoridad política mayormente cuando las funciones pontificales eran generalmente patrimonio de ciudadanos poderosos y llenos de ambición. Por lo tanto me veo precisado á confesar paladinamente que no supe en este pasaje del *Ensayo*, absolutamente lo que decía, y que bajo todos aspectos lo considero, como uno de los más miserables de la obra. (N. ED.)

(h) Si yo no hubiera nunca dicho más que cosas parecidas á esa no me habria hecho acreedor más que á una reprobación fraternal. (N. ED.)

(i) Aun me inspira el mismo horror el fanatismo y la intolerancia; pero el espíritu de los sacerdotes cristianos no está en verdad plagado de semejantes afectos. Esos sacerdotes han sido alguna vez fanáticos é intolerantes según los siglos; pero hasta en esas mismas épocas en que tenían que ceder al imperio de las costumbres se han distinguido frecuentemente por ser más ilustrados y caritativos que sus contemporáneos. Dos obispos se opusieron á las matanzas de S. Bartolomé, y aunque Roma los aplaudió y aunque algunos sacerdotes indignos de tal nombre se han distinguido por su furor en diversas ocasiones, no deben achacarse las faltas de un particular á toda la corporación á que pertenece. (N. ED.)

nizas los templos de la Grecia cuando ocurrió la expedición de Jerjes. Ellos, los que gobernaban el trono y dominaban exclusivamente en su consejo: sin embargo se distinguían de los ministros del culto cristiano por dos rasgos característicos.

Aquellos no creían en la religión que enseñaban; profesaban en secreto otras doctrinas y dirigían sus oraciones al verdadero Dios que gobierna el mundo. Nuestros sacerdotes, en su totalidad profesan los mismos dogmas que predicán (a).

La segunda diferencia característica consiste en la ilustración. Aquellos, particularmente los magos, estudiaban las ciencias; nuestro clero por el contrario hace voto (b) de renunciar á su estudio. Ambos caminos conducen á un mismo objeto: igualmente se domina desde el fondo del tonel de Diógenes que desde el alto del observatorio de Babilonia.

Pero una institución particular ha contribuido á dar á nuestros ministros un espíritu diferente del de los sacerdotes de la antigüedad; hablo de la confesión auricular. Esta institución ha sido uno de los grandes textos de las declamaciones de los filósofos. ¿Cómo ha de ir, dicen estos, tal vez la inocencia á depositar sus secretos en el seno del crimen, el pudor en el de la inmoralidad, el hombre libre á revelar su pensamiento al tirano! ¿Cómo han de confiarse las indisposiciones entre dos amigos, entre el esposo y la esposa, en fin todo aquello de que solo Dios y nosotros debemos tener conocimiento, cómo ha de confiarse, repiten, á un hombre débil y sujeto á nuestras mismas pasiones! ¿Sacerdote me arroja ante tu tribunal: he pecado; he hecho traición á la amistad, á la hermosura, á la juventud y á la inocencia... Mas yo te veo empalidecer! ¿Serías tú también culpable? ¿Pues qué! ¿No eres hombre? Sé, pues, mi amigo, pero no juez; consuélame y permítte que te consuele: supliquemos pues á ese Dios que nos creó débiles consienta que mutuamente podamos apoyarnos, á ese Dios que por toda penitencia nos dió el remordimiento (c). Así racionan los filósofos.

(a) Por lo menos esta confesión hace honor al clero. (N. ED.)

(b) ¿Había yo perdido el juicio? ¿Cuándo ha hecho voto el clero de renunciar al estudio de las ciencias? ¿No es él por ventura quien las salvó del naufragio de la barbarie? etc. etc. Semejante aserto bastaría por sí solo para desacreditar un libro. Vea el lector en el *Genio del Cristianismo* probado enteramente el extremo contrario con la enumeración de los servicios que el clero ha prestado á las ciencias. (N. ED.)

(c) La confesión sigue al bautismo. La Iglesia con la prudencia que le es exclusivamente propia ha fijado la época de la confesión en la edad en que puede concebirse la idea del crimen; pues no hay duda de que á los siete años ya tiene el niño nociones del bien y del mal. Todos los hombres, hasta los mismos filósofos por mas que en otros puntos hayan discrepado sus opiniones, están acordes en considerar el sacramento de la penitencia como una de las mas fuertes barreras contra el vicio y como obra maestra de la sabiduría. «De cuántas restituciones, é indemnizaciones no ha sido causa la confesión, dice Rousseau, entre los católicos!» Según Voltaire, «la confesión es una cosa muy excelente, y un freno para el crimen inventado en la antigüedad mas remota: acóntumbábase ya la confesión en la celebración de todos los antiguos misterios. Nosotros hemos imitado esa sabia institución, muy buena para inspirar perdón á los corazones ruidos de encono.»

Sin esa saludable institución el culpable tendría que caer en el desaliento. ¿En qué seno descargaría el peso de su corazón? ¿Sería en el de un amigo? ¡Ah! ¿Quién podrá contar con la amistad de los hombres? Los desiertos estarían resonando mesamente para el criminal con aquel ruido de trompetas que el parricida Neron creía oír en torno del sepulcro de su madre. Qué dulce debe ser encontrar un Dios dispuesto á perdonar cuando los hombres y hasta la misma naturaleza son inexorables. Solo la religión cristiana pudo hacer dos hermanas de la inocencia y del arrepentimiento. (*Genio del Cristianismo*, parte 1.^a lib. 1.^o, cap. vi.) (N. ED.)

Concluamos con algunas observaciones generales.

El espíritu dominante del sacerdocio debe ser el egoísmo (d). Viéndose el sacerdote aislado en el mundo y extralimitado de la sociedad, no puede menos de concentrarse en sí mismo, y al ver que todos los hombres se ocupan de los intereses que les afectan, no puede menos de dedicarse también al suyo propio. Careciendo de mujer y de hijos, rara vez podrá ser buen ciudadano, porque mirará con indiferencia la marcha del Estado. Para tener amor á la patria es preciso haber dado como Enrique IV una vuelta por su habitación llevando los hijos á la espalda (e).

Otro rasgo general del carácter de los sacerdotes: el fanatismo. En ese particular los sacerdotes son parecidos á todos los demás hombres: cada cual procura hacer valer el comercio de que vive. Estamos sentados en la sociedad como los mercaderes detrás del mostrador de sus tiendas: el uno vende leyes; el otro abusos; quién mentiras; quién esclavitud; el hombre mas honrado es el que menos falsifica las drogas que vende, despachándolas en su estado de pureza, sin disimular su natural amargura con rótulos de libertad, de patriotismo y religión (f).

Finalmente, debe también el odio dominar entre el clero, por la razón de que constituyen una corporación. No es propio de la índole del corazón humano el asociarse para hacer bien, y en eso consiste el gran peligro de los clubs y las cofradías. Los hombres acóntumbran poner en común sus odios, pero casi nunca su amor (g).

CAPITULO L.

DEL CLERO ACTUAL DE EUROPA.—ESTADO DEL CLERO EN FRANCIA.

Pasemos á examinar el estado del clero en Europa, principiando por el de Francia.

El clero galicano puede dividirse en tres clases, á saber; obispos, abates y párrocos.

Los obispos al estallar la revolución participaban tal vez demasiado del antiguo espíritu de su orden, pero generalmente eran instruidos y caritativos; conocían mejor que la alta nobleza, el estado de la opinión porque vivían con el pueblo, y si todos hubiesen imitado la conducta de algunos de su clase que tanto se distinguieron por la pureza de costumbres, es de presumir que se hallarían aun al frente de sus rebaños. Pero á pesar del conocimiento que tenían del genio nacional, no se elevaron bastante á la altura del siglo; aunque en este particular fueron menos ignorantes que los cortesanos, cuya ineptitud por lo tocante á este particular fue hasta repugnante (h). He conocido personas que en 1789 me decían: ¡La revolución! De aquí á tres ó cuatro años se hablara de ella como del sonambulismo, ó como del asunto del collar. ¡Desde aquel punto previ que nos amenazaban grandes calamidades!

(d) Esto podría ser cierto para cualquiera clase de sacerdote que no lo fuera del cristianismo. El ministro cristiano no puede separar su atención de la caridad evangélica, que incessantemente le está inspirando todas las santas ternuras del alma, y el sacerdote no puede menos de ser, atendiendo al espíritu de aquella, el hombre mas compasivo, el hermano mas tierno y el amigo mas leal, y como su divino Maestro, *va practicando el bien*. (N. ED.)

(e) Nuestros revolucionarios, los mas atroces, aquellos tigres que se embriagaban de sangre francesa adoraban á sus hijos: en ningún tiempo hubo mejores padres y *como amaban la patria!* (N. ED.)

(f) Mucho sentiría tener en la actualidad tal fondo de desprecio hacia la raza humana. (N. ED.)

(g) Si eso fuera cierto seria preciso reducir á cenizas las ciudades. (N. ED.)

(h) Este juicio no es demasiado parcial para un novel filósofo. (N. ED.)

Los abates que forman la segunda clase del clero, han sido en parte lo que ha provocado ese diluvio de odios que ha caído sobre la cabeza del clero. Sin embargo no debemos perder de vista que los Raynal, los Mably, los Condillac, los Barthelemy, y otros mil sujetos distinguidos pertenecían á esa segunda clase (a).

El clero parroquial se hallaba, es cierto, lleno de preocupaciones y de ignorancia: pero por la sencillez de su corazón, por la santidad de su vida, por su pobreza evangélica y por su caridad celestial, podía ser considerado como la parte mas respetable de la nación. He conocido algunos, que mas que hombres parecían espíritus benéficos que habían descendido á la tierra para consolar las miserias de la humanidad. Frecuentemente se despojaban hasta de sus propios vestidos para cubrir la desnudez de sus semejantes, y no pocas veces cercenaron su propio alimento para repartirlo entre los menesterosos. ¿Quién se atrevería á criticar á tales hombres por alguna severidad de opinión? ¿Quién de nosotros, orgullosos filántropos querría durante el rigor del invierno, ser despertado á media noche para ir en medio de la oscuridad á llevar lejos, tal vez al campo, un Dios de vida al indigente que está espirando sobre un lecho de paja? ¿Quién de nosotros querría tener constantemente á la vista el abrumador espectáculo de la miseria, sin contar con elementos para poderla socorrer? ¿Verse rodeado de una familia medio desnuda, cuyas hundidas mejillas, cuya vista extraviada anuncia el desasosiego del hambre y de todas las necesidades? ¿Nos resignaríamos á seguir al párroco que pasa á la morada del dolor y del crimen, á consolar al vicio y la inmoralidad que se presentaran á sus ojos bajo las formas mas asquerosas, y á derramar esperanzas en un corazón que se cree incapaz de tenerlas? ¿Quién de nosotros se avendría á separarse del mundo de los dichosos, para consagrarse sin reposo á una vida de miserias, sin mas perspectiva de recompensa por tantos favores dispensados, que la de recibir al espirar ingratitud por parte de los pobres y calumnias por parte de los ricos? (b)

De este ventajoso estado del clero en Francia puede uno prometerse la consoladora idea de que el cristianismo subsistirá por mucho tiempo (c). El sacerdote que vive en medio del pueblo, siendo casi tan indigente como él, es un compañero de desgracia, de quien el miserable hará siempre lo posible por no separarse. El protestantismo no sería nunca á propósito para mis compatriotas (d): no podrían estos cobrar afecto á un ministro que viviera distante de su condición, y á quien tal vez no verían mas que un momento los días de fiesta: los franceses exigen que su párroco sea popular; que esté continuamente á su lado para adorarlo, y alguna vez hasta para llenarlo de injurias. El francés es la criatura mas apasionada; necesita que se le hable con calor, con expresión y con intimidad. Pero tengase también entendido que ese íntimo contacto del pastor con el menesteroso, es uno de los vínculos mas respetables que han llegado á formarse entre los hombres (e). El cristianismo ha adquirido nuevo vigor en Francia por la persecución que

(a) Al fin hago justicia á los abates. (N. ED.)

(b) En vista de este elogio que he copiado en el *Genio del Cristianismo* se comprende lo inoportuno que ha sido decir en el capítulo anterior que el espíritu del sacerdocio es el egoísmo. (N. ED.)

(c) Exactamente. ¿Por qué razón habré dicho pues anteriormente que el cristianismo había recibido un golpe mortal y que no se repondría ya de él? (N. ED.)

(d) En efecto: la Francia podría llegar á ser impía ó indiferente en materia de religión, pero protestante, nunca. (N. ED.)

(e) ¿Por qué pues habré hablado del egoísmo de los sacerdotes? (N. ED.)

acaba de sufrir el clero, y es de presumir que por esta circunstancia durará algunos años mas que si se le hubiera dejado en reposo (f).

CAPITULO LI.

DEL CLERO EN ITALIA.

La multitud de órdenes monásticas que hay en Italia contribuye á sostener la superstición. ¿Quién creería que á fines del siglo xviii iban aun los nobles de Roma peregrinando descalzos, y la sogá al cuello para conseguir el perdón de algun asesinato? Mas como en todas las cosas hay siempre un principio de contrariedad, resulta que los lazos de la religión estan por esa misma credulidad mas próximos á romperse.

En todos tiempos los italianos estuvieron divididos en dos sectas, la una de ateos y la otra de supersticiosos: ese parece ser el necesario resultado de su posición tan inmediata á los abusos y vicios de la corte de Roma (g). La degeneración del carácter moral, mas adelantada en Italia que en ninguna otra parte de Europa, será también una de las causas que acelerará la caída del cristianismo (h).

CAPITULO LII.

DEL CLERO EN ALEMANIA.

En Alemania es donde probablemente encontrará la religión su último asilo, porque en ese país se sostiene por la fuerza moral del pueblo, y por las luces y virtudes del clero. He visto venerables pastores predicar en la puerta de su campestre presbiterio á unos hombres honrados que al parecer estaban tan conmovidos con las sencillas razones de su pastor, que me creí transportado á los tiempos en que el Dios de Jacob hablaba con los patriarcas en el borde de las fuentes.

CAPITULO LIII.

DEL CLERO EN INGLATERRA.

El cristianismo espirará en Inglaterra afectado de una profunda indiferencia. La razón de esa tibieza en materias de religión tan digna de notarse en aquel país, proviene de dos causas (1): del culto y del clero.

Del culto. No tiene la religión todas las formas exteriores necesarias: lo cual es un defecto general de todas las religiones reformadas: los ejercicios de piedad no son tan numerosos como debieran ser: en las poblaciones subalternas los templos permanecen cerrados durante toda la semana, y todo el culto exterior queda limitado á unas pocas oraciones en los días festivos. Johnson se queja con frecuencia de semejante costumbre, y en vista de ella predice la caída del cristianismo.

Del clero. El ministro inglés, rico y hombre de

(f) ¡Algunos años mas! Sin duda al escribir este párrafo me acordé repentinamente de lo que antes había dicho y para no ponerme en evidente contradicción conmigo mismo hice esa pequeña concesión de *¡Unos pocos años!* (N. ED.)

(g) Algo de verdad hay en esas reflexiones, pero las generalizo demasiado. No habría debido confundir los diversos Estados de Italia con Roma, ni hablar de la corte romana en tiempo de Pio VI, Pio VII y Leon XII como si aun estuviera bajo la dominación de los Borgias. He confundido los tiempos, los hombres y las cosas. (N. ED.)

(h) Véase en refutación de este pasaje lo que he dicho en otras varias notas, particularmente en una donde he citado algunos pasajes del *Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

(1) Habío únicamente de causas religiosas y no políticas. Comprendese que viéndose cada cual obligado á atender á sus intereses mercantiles no tiene mucho tiempo que poder pasar en las iglesias.

mundo, no tiene el contacto necesario con el pueblo, y á veces ni de sus mismos feligreses es conocido. El abuso de la no residencia causa grave perjuicio á la religion: un ministro desempeña precipitadamente sus funciones en dos ó tres parroquias campestres el domingo, y en seguida se retira y desaparece en su casa durante toda la semana. Considerado bajo el punto de vista filosófico, no se podría criticar ese género de vida á que se ha entregado el clero británico, pero religiosamente analizado, es indudable que acelera la caída del cristianismo. No puede uno figurarse la admiración que causa en los extranjeros el oír que los ministros del culto ingleses asisten á los bailes; los dan en sus propias casas, y toman parte en diversiones en que no dominan mas que el vino y las mujeres. En una palabra, en nada se distinguen las costumbres de este clero de las del resto de sus compatriotas (1). Las luces, la erudición, la filosofía y la generosidad que he encontrado en algunos miembros de la Iglesia Anglicana, me hacen deplorar en el fondo del corazón la ruina á que en mi concepto la fuerza de las cosas y la marcha del siglo van á precipitarlos. No me parece posible que su género de vida pueda seguir por mucho tiempo acomodándose con sus grandes rentas; porque si bien son dueños de la primera, las segundas, esto es, las rentas, no pertenecen sino al pueblo. Perdónese me el hablar con alguna severidad: profeso odio á la mentira, y hasta por agradecimiento me veo obligado á expresarme con esa franqueza, á fin de que el clero busque en su sabiduría los medios á propósito para conjurar la catástrofe que les anuncio.

CAPITULO LIV.

DEL CLERO DE ESPAÑA Y PORTUGAL.—VIAJE Á LAS AZORES.—ANÉCDOTA.

Considero al clero español y al portugués como no componiendo mas que una sola corporación, y voy á referir un hecho que he presenciado, y que dará á conocer sus costumbres mejor que cuanto yo podía decir.

Hallándonos á la altura de de las Azores durante la primavera de 1791 y empezándonos á faltar el agua y provisiones, resolvimos tocar en dichas islas. En el buque que me conducía á América habia bastantes clérigos franceses que emigraban á Baltimore, bajo la direccion del superior de San... M. N. Entre ellos habia algunos extranjeros, y particularmente un jóven inglés llamado M. T. hijo de una excelente familia, y que acaba de convertirse al catolicismo (2).

(1) Esto presenta además el grave inconveniente de propender á aumentar la secta presbiteriana que se aprovecha de esa facilidad de costumbres para calumniar á los ministros ingleses. Así es que los presbiterianos se aumentan en proporcion espantosa, porque la política viene también en apoyo de la religion. Es cierto que la religion de Inglaterra subsistirá mientras la constitucion del Estado; pero hay que tener mucha cuenta de que una parte del edificio no venga al suelo por efecto de la relajacion de costumbres; porque en tal caso seria inevitable la ruina total. Temamos las revoluciones. Si en Inglaterra llegara á ocurrir una en estos tiempos, la de Cromwell no habria sido mas que un juego comparada con ella: yo me sé la razon.

(2) Es demasiado curiosa la historia de ese jóven para que yo deje de referirle particularmente hallándome en Inglaterra donde podrá interesar á muchas personas: ruego pues al lector, termine esta nota antes de proseguir con la lectura del capítulo.

M. T. habia nacido de madre escocesa y padre inglés, que segun creo era ministro de W. (aunque por mas diligencias que he hecho no me ha sido posible indagar su paradero, sin duda porque me habré olvidado de los nombres.) El jóven habia servido en artillería y es indudable que su mérito le habria hecho progresar en esa carrera. Pintor, músico, matemático, y poseedor de varios idiomas, reunia los conocimientos útiles, y os que nos hacen amables en la sociedad

El 6 de mayo á las ocho de la mañana dimos vista al pico de la isla del mismo nombre que segun dicen

con las ventajas de una elevada talla y una hermosa figura. Habiendo M. N. superior de San... venido á Londres, segun creo en 1790 conoció al jóven M. T. Siendo tan astuto el primero como fogosa la imaginacion del segundo, no tardaron mucho en estar acordes en que este pasaria á Paris, pediria desde allí su licencia absoluta al duque de Richemont, abrazaria el catolicismo y despues de profesaria con M. N. á América. Así se hizo: el jóven á pesar de las cartas de su madre, que en realidad le arrancaban lágrimas, se embarcó para el Nuevo Mundo.

Uno de esos azares que deciden de nuestra suerte nos reunió á bordo de un mismo buque, donde no tardé mucho tiempo en descubrir aquella alma tan mal acomodada con las que le rodeaban; confieso que no me cansaba de admirar la rara casualidad que hacia figurar á un inglés rico y de buena familia en un grupo de sacerdotes católicos. El jóven echó de ver que yo comprendia su situacion: deseaba estrechar nuestras relaciones, pero temia al mismo tiempo á M. N. que ya le habia dado á entender que yo le era sospechoso y no le acomodaba que hubiera mucha intimidad entre los dos.

Nuestro viaje se iba prolongando y aun no habiamos tenido ocasion de franquearnos enteramente: por fin una noche pudimos quedar solos sobre cubierta y el jóven me refirió su historia. Le manifesté que si en realidad creia que la religion romana era mejor que la protestante, nada tenia que objetar respecto de su conversion, pero que á pesar de eso no podia menos de considerar como una insigne locura, de la que se arrepentiria amargamente, el que hubiere abandonado su patria, su familia y su fortuna, para ir al otro lado del mundo con un seminario ambulante. Le insté á que rompiera abiertamente con M. N. y diciéndome que no podia hacerlo por haberle entregado todo el dinero que tenia le ofrecí mi bolsillo, y le manifesté que mi designio era emprender una correría entre los salvajes despues de haber entregado mis cartas de recomendacion al general Washington, que si queria acompañarme en aquella interesante expedicion volveriamos á Europa, que yo en obsequio de su amistad pasaria á Inglaterra y lo entregaria en el seno de su familia, prometiéndole además escribir á su madre dándole cuenta de esa buena noticia. El jóven se avino á todo y desde entonces quedamos enlazados con una tierna amistad.

Ambos eramos apasionados á la naturaleza. Pasábamos noches enteras hablando cuando todo el resto de los pasajeros estaban entregados al sueño y no velaba mas que el cuarto vigilante. Algunas veces íbamos surcando por aquel inmenso mar, en tanto que brillaba sobre nuestras cabezas la magnífica iluminacion del firmamento tachonado de estrellas. No eran en tal caso indignas nuestras conversaciones del portentoso espectáculo que se nos presentaba á la vista, y de cuando en cuando se nos ocurrían pensamientos de aquellos que uno tendria vergüenza de anunciar en medio de la sociedad, pero que consideraria como una fortuna poderlos grabar en la memoria y coniarlos al papel. En una de aquellas hermosas noches, hallándonos á unas cincuenta leguas de las costas de la Virginia, é impedidos por una ligera brisa empapada con el aroma de la tierra compuso mi amigo un canto para una letrilla francesa en el cual se exalaba abundantemente el espíritu de la escena que se lo inspiraba. He conservado en la memoria aquellas preciosas notas, y cuando alguna vez las repito en las actuales circunstancias, me veo dominado de emociones que pocas personas podrian comprender.

Antes de esa época, habiendo declinado considerablemente el rumbo hacia el Norte, tuvimos que abordar en la isla de S. Pedro (en la costa de Terranova.) Durante los quince dias que allí nos detuvimos, recorrimos mi amigo y yo las montañas de aquella espantosa isla perdiéndonos en medio de las nieblas de que sin cesar está cubierta. Complaciase la sensible imaginacion de mi amigo en aquellas escenas sombrías y románticas, y alguna vez vagando entre nieblas y ráfagas de viento, oyendo los bramidos del mar que se ocultaba á nuestra vista, y hallándonos al borde de algun turbio torrente que se precipitaba entre peladas rocas se ponía á declamar en su calidad de medio escocés pasajes de Osian, para los cuales improvisaba cantos salvajes que mas de una vez me han traído á la memoria el «*twas like the memory of joys that are part, pleasing and mournful to the soul.*» Mucho siento no haber reducido á nota escrita aquellos cantos extraordinarios que habrian admirado á los alicionados y á los artistas.

Recuerdo que una tarde nos entretuvimos en colocar nuestro grandes pedruzcos en memoria de cierto infeliz, celebrado

excede en elevacion al de Tenerife y finalmente á las once y media anclamos en una mala rada, sobre un fondo de rocas.

La isla *Graciosa* que era adonde habiamos abordado está compuesta de pequeñas colinas cuyo contorno se encorva un poco hacia la cúspide, como el de las hermosas líneas de los vasos corintios. En aquel momento se hallaban cubiertas de verdes campos de trigo que exhalaba el suave olor particular á los campos de las Azores. En medio de las verdes campiñas se veían las divisiones simétricas, ó linderos de las heredades, contruidos de las piedras volcánicas medio negras, medio blancas, hacinadas unas sobre otras.

Algunas higuera silvestres con sus hojas violáceas y sus pequeños frutos de color de púrpura colocados como granos de rosario en las ramitas, aparecian confusamente esparcidas por la campiña. Al pié de un monte en cuya cima dominaba un convento, se veían colorear sobre un terreno pedregoso los tejados de la pequeña ciudad de Santa Cruz. Toda la isla con sus recortes de bahías, cabos, colinas y promontorios se reflejaba en sentido inverso sobre la superficie de las olas. Grandes peñascos desnudos, verticales al plano del mar le servían de faja exterior, contrastando por sus colores oscuros con los festones de espuma que iluminados por el sol parecían un collar de filigrana de plata. El pico de la isla del mismo nombre se elevaba magestuosamente coronado de nubes por encima de la Graciosa en el fondo del cuadro. Un mar de color de esmeralda y un horizonte de azul purísimo eran, digámoslo así, la magnífica tapicería de aquella decoracion, en tanto que bandadas de aves propias de aquel país con su rápido vuelo y con sus graznidos al cortar las olas con sus grandes alas en forma de

en un pequeño episodio á la manera de Osian. En aquella ocasion nos acordábamos de Rousseau cuando se entretenía en su isla en levantar piedras para ver lo que habia debajo. Si no teniamos el talento del autor del *Emilio*, no le cediamos en sencillez. Otras veces herborizábamos.

Mas ya desde entonces conocí que no podia contar para mucho tiempo con la amistad del jóven T. Antojéseles á los curas hacer procesiones y mi amigo al verlas corrió desalentadamente, se colocó en las hilas y se puso á cantar como uno de tantos. Desde aquel sitio escribí á la madre de T; mas ignoro si mi carta llegó, como el gobernador me lo habia ofrecido á su destino, y en vista de que las esperanzas que en ella daba yo á aquella señora se han desvanecido, debo alegrarme de que en realidad se haya extraviado la carta.

Cuando llegamos á Baltimore mi amigo desapareció repentinamente, sin manifestar ningun recuerdo de nuestras relaciones, ni de lo que yo habia hecho por él particularmente, atrayéndome el odio de los clérigos: desde entonces no lo he vuelto á ver. El desgraciado estaba fascinado y se desentendía de todo género de reflexiones. Menos me ha interesado la ingratitud de aquel jóven que el deseo de saber la suerte que le habrá cabido. Yo no desearia sino saber que es feliz: cuando lo conocí, no era lo que soy ahora: entonces podia yo hacer algunos servicios á un amigo, y no acostumbré por cierto desde que he caído en la pobreza el recordar mis anteriores relaciones con los ricos. El obispo de Londres me ha permitido hojear algunos registros y en ellos he encontrado el nombre del ministro T. Preciso es que se me haya olvidado la ortografía del nombre. No me acuerdo sino de que aquel jóven tenia otro hermano y que dos hermanas suyas estaban acomodadas en la corte. Pocos hombres he encontrado, cuyo corazón estuviera mas en consonancia con el mio que el de aquel jóven; sin embargo mi amigo tenia sin duda alguna segunda intencion, cosa de que yo no era capaz.

Nada puede tolerarse en esa nota mas que mis descripciones como viajero. Como buen filósofo no podia yo eximirme del carácter de mi secta, esto es, el furor de la propaganda y la propension á calumniar á los sacerdotes. Como embajador he sido mas afortunado durante mi residencia en Londres que cuando me hallaba allí como emigrado, pues en 1822 tuve el gusto de encontrar á M. N. No llegó á ordenarse, permaneció en el mundo, se casó, es ya tan viejo como yo; no tiene ya segundas intenciones y la novela de su vida está á punto de concluir así como la mía. (N. ED.)

hoz, y al pasar por encima de nuestro buque, aumentaban en nuestro alrededor el ruido, el movimiento y la vida.

Se determinó que yo como intérprete juntamente con T, otro jóven y el segundo capitán pasáramos á tierra: echóse al mar la chalupa y nuestros marineros remaron hacia la isla de la cual nos hallábamos aun á dos millas de distancia. No tardamos en apercibir que habia movimiento en la costa, y que una ancha canoa salia á recibirnos. Cuando estuvimos al alcance de la voz vimos que en ella venian una multitud de frailes. Interrogáronnos en portugués, en italiano y en francés y nosotros contestamos en esos mismos idiomas diciendo que éramos franceses. En la isla se habian alarmado, pues nuestro buque era el primero de alto bordo que se hubiese atrevido á echar áncoras en la peligrosa rada en que nos hallábamos; por otra parte aun no habia flotado sobre aquellas aguas nuestra bandera tricolor y no sabian si éramos Tunecinos ó procedentes de Argel. Al ver que nuestro aspecto era como el de los demás hombres y que entendiamos el idioma en que nos hablaban, los buenos frailes de la canoa tuvieron una singular alegría, y habiéndonos hecho pasar á bordo llegamos á Santa Cruz, no sin alguna dificultad, á causa de la violenta resaca que produce la costa.

Todos los habitantes de la isla acudieron á vernos. Cuatro ó cinco desdichados á quienes habian á toda prisa armado de picas nos rodearon. El uniforme que yo llevaba atrajo particularmente la atencion de todo el mundo y fui considerado como el hombre importante de la diputacion. Lleváronnos á la presencia del gobernador que habitaba en una miserable casa y estaba vestido de un traje que en algun tiempo fue verde y estuvo adornado de galones de oro: allí nos recibió oficialmente su eminencia (a), y nos dió permiso para comprar las diversas cosas que nos hacian falta.

Despues de esta ceremonia nos dejaron en libertad y nuestros buenos frailes nos llevaron á un parador ancho, cómodo y de buenas luces, que era mucho mas digno de alojar al gobernador que la casa en que realmente habitaba.

..... se habia encontrado con un compatriota. El fraile que mas molestia se tomaba en servirnos era de Jersey y habia sido marinero en un buque que habia muchos años habia naufragado á vista de la Graciosa. Así que se vió solo en tierra tuvo el buen sentido de comprender que en aquella isla no podia dedicarse á ninguna ocupacion mejor que á la de ser fraile: mostróse pues, muy sumiso á las lecciones que le daban los reverendos, aprendió el portugués y al cabo de unos cuatro meses se halló en disposicion de leer el latin, hasta que por último hablando en su favor la circunstancia de ser inglés fue elevado á las sagradas órdenes aquella oveja que volvia al redil. Excusado es decir que el marinero de Jersey, bien alimentado, y en una habitacion cómoda sin tener que pensar en nada y bebiendo *fayal* á todas horas, comprendió que aquel estado era preferible á tener que subir á *tomar un rizo* á la vela del palo mesana.

Mas no se le habia borrado todavía de la memoria su primitiva condicion. Como hacia ya mucho tiempo que no habia oído hablar en su idioma patrio, tenia un verdadero placer de haber encontrado por último alguno que le entendiera: reía, juraba y nos referia con frases dignas de su antigua profesion la escandalosa vida de alguno de los frailes que nos acompañaban y que estaria acaso muy distante de imaginarse el género de conversacion con que el hermano

(a) Claro está que por el traje verde debí comprender que el gobernador no era cardenal y por lo tanto no pude llamarle *eminencia*. Acaso esta equivocacion será culpa del corrector inglés que la usó en vez de *excelencia*. ¡Hacen tan poco caso de tales títulos en Inglaterra! (N. ED.)